

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Al ser fundada en 1888, bajo el fecundo reinado del Sumo Pontífice León XIII, la Universidad Católica de Chile tuvo como finalidad primordial formar profesionales poseedores de un auténtico sentido cristiano de la vida que, de esta manera, sirvieran de elemento renovador de la sociedad. No era suficiente, si bien se mira, la labor desde todo punto de vista meritoria de la enseñanza particular, en manos de viejos y acreditados colegios sostenidos por diferentes órdenes religiosas. La Universidad Católica de Chile debía nacer para formar, precisamente, a aquellos que, por sus mismas circunstancias de preparación que les permitían su inteligencia o su fortuna, estarían llamados a ser los futuros dirigentes del país o los que, en todo caso, habrían de estar en situación de irradiar una influencia grande o pequeña en su medio respectivo.

Si se quisiera hacer una breve reseña del desarrollo de la Universidad Católica de Chile, desde su fundación hasta hoy, podría perfectamente aquilatarse hasta qué punto esta finalidad se ha ido cumpliendo; y cómo su influencia, en el paso de los años, sea hecho más y más considerable.

Junto a la alta misión formativa que por derecho propio compete a la Universidad Católica de Chile, está también la específica de extensión universitaria, de capital importancia en países como los hispanoamericanos, constituidos por estamentos sociales profundamente diversificados en cuanto contenido cultural. Su labor, en este caso, es de grandes proyecciones y tiende, en esencia, a irradiar su acción sobre las diversas esferas de la población. Esta tarea misional de la Universidad no debe entenderse en el sentido de que esté obligada a tomar en su poder trabajo que competen a otros organismos estatales o particulares, como sería, por ejemplo, el Ministerio de Educación; sino, en el más amplio y profundo de que debe ser, para el pueblo entero, una institución orientadora, investigadora, que encauce en líneas definidas, sólidas y sobre todo cristianas, las nuevas tendencias, el ritmo de vida del país; y que pueda señalar normas y directivas generales para el descubrimiento de nuevas fuentes de progreso y bienestar.

En tal posición, la tarea misional de la Universidad Católica de Chile y la de todas las Universidades del mundo hispánico, presentan un interés extraordinario, de apenas entrevistas resonancias.

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Al hablarnos de la Universidad, Alfonso X el Sabio, ya hace siete siglos decía que era un “Ayuntamiento de maestros, e de escolares, que fecho en algún lugar, con voluntad e entendimiento de aprender los saberes”.

Sí, porque es indudable que la Universidad es un “ayuntamiento de maestros, e de escolares”; pero, no es sólo eso sino mucho más, es un conjunto de personas, llámeseles maestros, llámeseles escolares que, reunidos alrededor de un núcleo central y radiador del saber, de la cultura, de los ideales supremos del hombre, se encamina desde sus cátedra hacia el mundo extraño, hacia ese mundo dividido y sangrante, hacia ese mundo, en fin, en que proyectarán no sólo las ciencias, las letras, la artes, sino el don más preciado que ha sabido inculcar la Universidad, el amor al prójimo, a los evangelios, a Cristo Crucificado; es indudablemente amor, fe y caridad lo que más falta este mundo nuestro.

Es así como la Universidad Católica cumple y proyecta en el espacio y en el tiempo, el mandato evangélico de “id y enseñad a todos los hombres” y vemos que aquí este mandato supremo llega a su realización plena, comprendiendo toda su verdadera esencia. No basta sólo el saber. Cuán alejado se encuentra de realizar completamente a la persona un saber deshumanizado, alejado del fin supremo del hombre y que sólo mira a su hacer material, en cuanto es capaz de producir riquezas y en cuanto en esta producción encuentra el fin del hombre y su realización plena.

La Universidad Católica no se conforme con entregar conocimiento, cosa que hace a través de numerosas Facultades, Institutos, Escuelas anexas y sus múltiples Departamentos que abarcan todas las expresiones del arte y en donde hay “voluntad, e entendimiento de aprender los saberes”, como puede fácilmente deducirse de la calidad por todos reconocida, tanto en el país como en ambas Américas, de sus maestros, egresados y alumnos, sino que junto con esos saberes y por sobre ellos, sabe proporcionarles una formación humana integral que, completando su personalidad, irá manifestándose permanente y constantemente, donde quiera que se soliciten sus servicios, e irán dejando detrás una huella más sublime, más imperecedera que la simple realización material de su empeño y esfuerzo creador.

Todo esto necesita un medio y un esfuerzo común, una unidad material que le sirva de vínculo de unión, debe necesariamente “ser hecho en algún lugar”, para ello la Universidad cuenta con múltiples salas, laboratorios, bibliotecas, oficinas, gimnasios, casi todos ellos ubicados en el corazón mismo de la ciudad.